

Cultura y medios de comunicación

/// **Jorge Alemán**, consejero cultural de la embajada Argentina en España

/// **Jorge Coscia**, diputado nacional ///

—**Jorge Alemán**— Ya en el año 1938 hay un texto célebre de Heidegger, *La época de la imagen del mundo*, donde dice que, así como la antigüedad y el periodo clásico han construido una imagen de sí mismas, hay una tendencia que emerge en el mundo moderno de no construir una imagen de sí mismo sino de volverse *todo* imagen. A eso, Heidegger y otros pensadores de la posguerra van a denominar la *técnica*: un impulso nuevo que consiste en llevar todo a la imagen, en llevar todo a la presencia, a que todo sea mostrable, a que todo se vuelva visible, a que todo —vamos a decir— cancele definitivamente el secreto, a que todo se vuelva transparente, a que todo comparezca y que, por lo tanto, todo —y ésta es la solidaridad estructural con el capitalismo— se vuelva calculable, medible y explotable. De hecho, los teóricos de la sociedad del espectáculo transforman el concepto de mercancía de Marx en la imagen como nueva unidad de valor: la imagen es el lugar en donde todo debe comparecer. Por supuesto, la técnica —entendida en un sentido filosófico, no como una mera fabricación de objetos sino como un procedimiento— es la vía a través de la cual se destruye la experiencia de la verdad.

En la técnica todo debe ser mostrado. Mientras, la verdad siempre mantiene una relación con lo que no se puede mostrar, con lo que no puede venir a la presencia, con lo que no se puede representar. La técnica está dominada por el imperativo de que todo sea representable. Quiero decir que, por ejemplo, las artes —el cine, la fotografía, la pintura y todas las que están vinculadas a las experiencias de la verdad y, por lo tanto, del lenguaje— son siempre procedimientos que no pueden llevar todo a la presencia; que no pueden mostrarlo todo; que no pueden volver todo visible; que no pueden volver todo representable. El orden simbólico, la estructura del lenguaje, que es la base de la pintura, la fotografía y el cine, se caracteriza, siempre, por la imposibilidad de decirlo todo. El lenguaje existe porque no puede ser todo nombrable. Lo que mueve al lenguaje es, precisamente, esa imposibilidad de nombrarlo todo y, por tanto, la necesidad de fabricar metáforas, construir dichos, generar poesía. Todo eso está movido por lo imposible de representar, por lo imposible de decir. Si ustedes me han seguido hasta aquí, quiere decir que la técnica se define por no respetar ese imposible; por volver todo representable; por traer todo a la imagen y matar entonces a la imagen misma. Es decir, llamamos imagen en el sentido del arte a aquella imagen que todavía guarda la distancia con lo real, aquella imagen que sabe que no puede representar todo, que nos muestra algo pero, a la vez, mantiene algo en el enigma. Ésta es la imagen del arte: la del cine, la de fotografía, la de la escritura. En cambio, la imagen de la técnica, la que domina el paradigma informativo, se caracteriza —y en ese sentido podríamos decir que hay un

triunfo del paradigma pornográfico— por llevar todo a la visibilidad. Si el totalitarismo clásico se caracterizó porque cada uno tenía que controlar mucho su discurso —para que desde los poderes públicos no se detectara el verdadero pensamiento— podríamos decir que hoy en día hay un totalitarismo mediático, que consiste en que se pueda y se deba decir todo en todas partes, en que el sujeto se preste a todo tipo de confesiones a través de los medios, en que, incluso públicamente, se le infrinjan todo tipo de humillaciones. Como ustedes saben, hay una fascinación mundial por las películas de forenses, médicos, cuerpos que se abren y, por lo tanto, también el campo del arte —piensen en el *body art*, cadáveres expuestos a través de técnicas especiales de mantenimiento— está signado por este movimiento de llevar todo al campo de la visibilidad.

Si las metáforas del poder, a partir del siglo XIX, eran el panóptico —un lugar desde el que se nos miraba— ahora ya todos estamos inmersos a la vez en la gran mirada del Otro. Todos estamos bajo esos cinco minutos de gloria de los que habló Andy Warhol, dentro un plano de visibilidad. Es más, el dilema de cada uno es cómo juega su relación con lo *no ser visto* y con lo que se va a mostrar de cada uno, y éste es, por supuesto, un dilema incontrolable.

Así que es propio de la lógica cultural del capitalismo tardío que haya una estrecha relación entre la mercancía —que ya se autopropulsa al infinito—, la imagen —que también acompaña ese movimiento hacia el infinito— y toda la desintegración del espacio social. Con esto me refiero al campo del trabajo, al campo de la filiación política y al campo de la experiencia política. Antes, la experiencia política —igual que la experiencia del arte, igual que la experiencia del cine— mantenía el respeto por lo que no se podía decir, por lo que no se podía representar. En ese sentido, la experiencia política era una experiencia del lenguaje; no era una experiencia técnica; no era una experiencia de los expertos. Los expertos, hoy, proceden de la técnica —me refiero al uso que se hace informativamente de los que se llaman *expertos*, es decir, los que nos van a mostrar todo, los que nos van a decir que todo puede ser representado—.

Entonces, desde esta perspectiva, podemos decir que no hay vuelta atrás. Éste es un paso que se ha producido. No puede haber ninguna resolución nostálgica. No podemos volver a un momento anterior a la constitución de la técnica. Nuestra pregunta política es cómo habitar en este mundo. La televisión —que probablemente este desapareciendo en la red de las imágenes— es un ejemplo de esto: empezó siendo un sistema en donde había todavía una simetría entre los que hablaban y escuchaban. Pasó, en la década de los noventa, a incorporar al hombre común al que le había sucedido algo excepcional —por eso aparecía en televisión— y ya dentro de muy poco va ser un rito de pasaje. Todo el mundo va a aparecer en algún momento por televisión, y esto es un modo —como diría Foucault— de devenir uno mismo, de construir subjetividades televisivas. Porque en la televisión se puede ya decir todo, confesar todo y hablar de todo. Es decir, es propio de la técnica —a diferencia de la verdad— destruir la barrera. La verdad siempre tiene que mantener la barrera entre lo real y la representación. La técnica es un proyecto de destrucción de está barrera. La gran pregunta de la experiencia política hoy

es, precisamente, cómo mantener esa barrera. Es decir, es propio de la experiencia política mantener la diferencia entre lo real y la imagen. Cuando la política queda reabsorbida en el movimiento de la imagen —en el movimiento de la información, en el paradigma informativo— pierde su condición de experiencia y se vuelve este *grado cero* de la comunicación.

¿Qué quiere decir *grado cero de la comunicación*? Que, paradójicamente, lo que nos comunica algo es aquello que ha tenido un litigio con lo incomunicable. Consideramos que una película, un poema o un discurso político nos comunica algo porque ha hecho resonar en nosotros algo que no está del todo mostrado, del todo dicho, mientras que, cuando se intenta mostrar todo, decirlo todo, es el paradigma de la banalidad. Es decir, es mostrarlo todo en la banalidad del espectáculo, y todo el problema de la política es cómo sustraerse a la banalidad del espectáculo. Todo el problema de la política es, precisamente, no ingresar en ese campo de la visibilidad de manera absoluta, porque si uno queda absolutamente secuestrado por ese campo de visibilidad, por esa concatenación de imágenes, la condición de la experiencia queda perdida.

Por lo tanto, ante la pregunta de cómo habitar en la época de la comunicación, yo creo que una respuesta política es, precisamente, mantener la diferencia entre lo real y su representación. Desde hace unos años uso una metáfora que a mí me parece interesante: el rizoma. A diferencia de la raíces de los árboles, el rizoma es una enredadera. Actualmente, toda la estructura mediática es una enredadera que uno no sabe dónde puede cortar. No hay un exterior. El problema de esta nueva enredadera —que es también la enredadera del capital y de la mercancía— es que no hay una exterioridad.

Durante muchos años pensamos en la posibilidad de habitar un exterior. Ahora, el problema político mayor es que no hay, de entrada, un exterior de esta enredadera. Estamos todo el tiempo inmersos en ella. Y es un desafío de la política que la construcción de subjetividades, el devenir de cada uno como sujeto, no esté sólo en manos de este empuje de la técnica, que quiere llevar todo a la transparencia, a la abolición del secreto, a mostrarlo todo, a decirlo todo y a transformar a los sujetos en materia disponible para el espectáculo.

—**Jorge Coscia, diputado nacional**— Voy a hablar de la tensión entre los medios de comunicación y la política, que es una tensión cultural. Por eso es correcta la denominación de esta mesa como *Cultura y medios de comunicación*, porque creo que la cultura de esta época está marcada por una tensión entre los medios de comunicación y la sociedad.

Me parece que para los que están aquí, cargados de futuro y de presente, es importante, como les decía ayer, que tengan presente el futuro, porque de eso se trata. Nosotros somos los jóvenes del setenta, y creo que hay algo interesante en que los jóvenes del setenta sean parte de un proyecto político común con los jóvenes de hoy.

Como hombre del cine y político que soy voy a traer algunas imágenes:

La primera imagen que se me viene a la cabeza es la imagen de un presidente argentino extraviado en un *set* de televisión. Los argentinos seguramente recuerdan la imagen patética del presidente De la Rúa que, en el programa de Tinelli, no logra encontrar la salida. Hay mucha tela para cortar en esa pequeña situación:

Nosotros vemos a un presidente, al hombre que los argentinos han elegido para encabezar el país, jaqueado tal y como Irigoyen fuera jaqueado en 1930 por un diario, el diario *Crítica*, que en su momento le había ayudado a ascender. Irigoyen expresaba un proyecto nacional, democratizador y popular. Si bien no a la manera del peronismo —porque no existía en la Argentina una clase obrera como la que existiría luego— Irigoyen, sin duda, implicaba un cuestionamiento político al poder de los sectores más reaccionarios de la Argentina, no de la burguesía —porque no existía una burguesía— sino de la clase terrateniente. Este diario, *Crítica*, en el que había intelectuales escribiendo —escribió Borges, Arlt pasó un tiempo por allí— ayudó a voltear a Irigoyen. No se puede imaginar el golpe contra Irigoyen, que militarmente fue el golpe de una minoría del ejército, sin el respaldo popular que, en la ciudad de Buenos Aires, generó el diario *Crítica*.

Por tanto ya tenemos, en 1930, medios de comunicación ayudando a voltear un gobierno. Marx decía que la historia se repite —primero es una tragedia, luego una farsa— y con De la Rúa se repite, farsescamente. Este hombre, extraviado en un *set* de televisión, expresa la versión farsesca de aquel otro hombre que es volteado por el ejército con la ayuda de un diario. También es farsesco que no voltee a De la Rúa ningún ejército y se tenga que ir en un helicóptero, escapando de la ira popular.

Lo habían puesto los medios de comunicación a De la Rúa. Yo recuerdo el modo en que los grandes diarios y programas de tv habían ensalzado a un hombre cuya trayectoria no tenía grandes méritos —como intendente de la Ciudad de Buenos Aires había inaugurado dos escuelas, en dos años—. Pero uno veía, en algún gran diario argentino, doble página sobre una obra que este jefe de gobierno iba hacer. Yo recuerdo un ejemplo: doble página porque iban a angostar la calle Corrientes —lo cuál no era una obra digna de mayores, incluso daba risa—. Tenía mucho más prensa este presidente De la Rúa que el gobernador de la provincia de Buenos Aires de ese entonces, Duhalde, que había terminado tanto la autopista a La Plata como la ruta a Mar del Plata. Pero el futuro angoste de la calle Corrientes ameritaba doble página. Este ejemplo sirve para ver de qué manera jugaron políticamente los medios de comunicación —por eso he dicho también «simbólicamente»: el presidente perdido, extraviado— y de cómo eso, de alguna manera, se escenifica en la tv; se vuelve pasivo y público.

A esta charla habría que agregarle un título: *Estado y poder: cultura y medios de comunicación*, porque creo que estamos hablando de la cultura y los medios de comunicación desde el punto de vista político y, cuando hablamos desde un punto de vista político, hablamos de poder y necesariamente tenemos que hablar del Estado —del lugar del estado, o del que un proyecto político ocupa en relación al Estado— para ver de qué manera se tiene esta tensión entre medios de comunicación, cultura y, por tanto, el poder.

Segundo capítulo:

Este presidente, perdido en los *sets*, se va, como todos sabemos. Hoy tenemos otro presidente. Tenemos un presidente que es criticado por un supuesto autoritarismo cuya expresión más criticable, según los medios de comunicación, es que se niega a dar conferencias de prensa. Yo creo que aquí hay un enorme gesto político —que he discutido muchas veces, porque uno dice: «qué torpeza; por qué no dar una conferencia de prensa; por qué se equivoca acá»—y creo que es una decisión política que, en lo personal, yo comparto.

En la Argentina, la crisis ha llevado a que se cuestione todo. Se ha cuestionado todo lo militar —se está llevando a la justicia a los militares responsables del genocidio—; ha sido cuestionada la iglesia y muchos comportamientos de la iglesia en relación también a la dictadura militar; ha sido tremendamente cuestionada la política y los políticos —el «que se vayan todos», en 2001, expresa este cuestionamiento—. En la Argentina se ha cuestionado todo, menos un sector. ¿Cuál es ese sector? Hay que hablar de la prensa —hablamos de los medios de comunicación— y creo hay que hablar de otra cosa: de los dueños de los medios de comunicación.

En realidad, la famosa libertad por la que pelean las asociaciones de prensa del mundo es, ni más ni menos, la libertad de los dueños de los medios de comunicación de decir lo que quieren. No existe otra libertad. Hay muy pocos medios en el mundo donde sea absoluta la libertad del periodista contratado por los dueños de los medios de comunicación para decir lo que quiere. Algunas sociedades se permiten niveles de elasticidad más altos pero, en general, y sobre todo en nuestras sociedades, no puede haber contradicción. El periodista tiene un límite y ese límite es el interés económico y material del medio de comunicación para el cual trabaja. La verdadera libertad de prensa, en términos reales, es la libertad de los dueños de los medios de comunicación para hacer negocio. Los medios de comunicación, salvo los estatales, son parte del sistema capitalista y son empresas que tienen como finalidad ganar dinero.

Creo que si yo quisiera subrayar algunas características meritorias del actual gobierno habría varias: alguna, desde mi punto de vista, tiene que ver con el manejo de la cuestión de los derechos humanos; otras tienen que ver con el manejo de las relaciones con el Fondo Monetario Internacional y la deuda externa, con el acotamiento del poder de los sectores financieros internacionales y locales; otras cuestiones tienen que ver con la justicia, fundamentalmente en relación a la Corte Suprema de Justicia y también al Consejo de la Magistratura. Pero cuando el presidente se niega a dar una conferencia de

prensa yo diría que no es menor el modo en que ha marcado un límite en la relación con el poder mediático. ¿Qué es lo que hace el presidente? Les quita autoridad. El presidente tiene un discurso muy claro, dice: «yo no les reconozco a ustedes autoridad moral» —que es, en definitiva, una autoridad, ya que él no le puede quitar al dueño de ningún diario, de ningún medio de comunicación, autoridad de hecho, efectiva—. Creo que hay un profundo gesto en esta actitud del Gobierno. Yo diría que es una etapa necesaria: negarles a los medios la autoridad moral. El presidente suele hablar de verdad relativa y, con este discurso, dice: «yo elijo cuándo y cómo», y trata, con enorme dificultad, de tener un discurso hacia la gente, pero sin reconocerles a los medios autoridad moral. No les reconoce autoridad moral, fundamentalmente, porque no la tienen; porque esos medios de comunicación, cuando en la Argentina desaparecían personas, no dijeron nada. No sólo no dijeron nada, sino que elogiaron, en mayor o menor grado, al gobierno militar que tuvo esas actitudes. En todo caso, en algunos casos, con el silencio —cuando desaparecían periodistas—. Y no sólo no lo hicieron —uno podría comprenderlo— por el instinto de conservación del empresario, sino que luego tampoco dijeron nada. No hemos encontrado en el periodo posterior a la dictadura militar autocritica alguna. Comunicadores y opinadores que durante la dictadura elogiaron a la dictadura hoy son referentes ilustres de esos medios de comunicación e incluso están, en algún caso, en el diario *La Nación* —como Joaquín Morales Solá— y también en un medio audiovisual, como es TN. Tienen dos tribunas, dos lugares: están en el grupo *Clarín* y están en *La Nación*— y son considerados tribunos de la República. Se consideran a sí mismos, y son considerados por algunos sectores de la sociedad argentina, como jueces habilitados para decir qué está bien y qué está mal. Yo mencioné el caso de Morales Solá pero hay muchos otros, ustedes los conocen.

Y esto es muy especial, porque, de alguna manera, habiendo una primera complicidad de estos medios de comunicación —que han sido piadosos, comprensivos y hasta elogiaron un sistema de terrorismo de Estado— se comportan, en este momento, muy impiadosos con un gobierno surgido de la voluntad popular que lleva cuatro años mejorando todas las variables económicas y sociales de la Argentina, cosa que no ocurría desde 1955.

Entonces, aquí está ocurriendo algo. Aquí, esta tensión —tensión esencialmente cultural— entre poder, política y medios de comunicación, tiene un punto álgido, como lo ha tenido cada vez que ha habido un gobierno popular. Yo diría que si queremos poner un termómetro para establecer cuál es, desde el punto de vista popular, la calidad de un gobierno, casi diría que se puede establecer por el nivel de agresividad que tienen los principales medios de comunicación con él. Esto, en la historia argentina, es infalible. Es infalible, y es fundamental tener memoria. Yo siempre digo que para hacer política hay que aprender historia. El político que no sabe historia anda a ciegas, porque no puede establecer cuál es el camino de donde venimos. Y no saber de dónde venimos, qué nos pasó y qué les pasó a las generaciones precedentes nos impide aventurar hacia dónde vamos.

Entonces, en materia de esta tensión entre medios de comunicación y política vamos a descubrir que hay un camino muy claro. Hay hitos muy claros que tienen que ver con el comportamiento de los principales medios de comunicación en el gobierno de Irigoyen, donde ayudan a voltearlo —concretamente el diario *La Nación*, el diario *La Prensa* y el diario *Crítica*, que ya no existe—. Hay un solo diario que apoya a Irigoyen, un diario de él, del radicalismo: *Época*, un diario que prácticamente desaparece después de la caída de Irigoyen y vuelve a renacer en 1945 apoyando a Perón. Ahí también hay un grado de coherencia. Hoy no tenemos ningún *Época*. Esperemos que nos vaya mejor de lo que les fue a Perón y a Irigoyen.

En la actualidad esta tensión se ha exacerbado. Uno puede decir: «hay errores de gobierno». Sí, hay un error muy grande: este gobierno ha ampliado la concesión de los medios de comunicación por diez años. ¿Qué significa esto? Significa renunciar a ejercer el derecho que la sociedad tiene de tener reglas más claras y democráticas en relación a lo que no pertenece a las empresas. A las empresas pueden pertenecer las cámaras, pueden pertenecer los estudios, pueden pertenecer las imprentas, pueden pertenecer muchas cosas, pero el espacio en el cual se desenvuelven los medios de comunicación es público. Debería haber una política que lo regule. Yo no me imagino de ningún modo cerrando un diario o un canal de tv. Yo no sé si es fácil. Yo soy legislador y no he podido sacar una ley. Es muy difícil sacar una ley en relación a este tema. Uno se puede transformar en un muerto cívico, como le ha ocurrido a muchas personas. Hubo el caso de un juez que se metió con una cuestión personal en relación a la dueña de un gran medio y hoy es él quien está preso.

Estamos hablando de una tensión en serio, de una fuerte tensión que condiciona nuestra libertad. Escribí un artículo reciente, en la revista *Debate* en el que decía que cualquier policía veterano que anda por la calle Florida y escucha que alguien grita: ¡al ladrón! ¡al ladrón!, lo primero que hace es ir detrás del que gritó, porque es una vieja técnica de los cacos que los delincuentes cubran su retirada señalando hacia otros lados. Ésta es una constante de las empresas dueñas de los medios de comunicación: tender fuertes cortinas de humo en torno a su propia dualidad ética. Y esta tensión no significa que los medios de comunicación sean malos; significa poner en claro las cosas. Nadie quiere cerrar ningún diario, pero lo que sí creo es que habría que discutir sobre la oportunidad que deberían tener otros sectores de la sociedad de acceder a los medios de comunicación masivos.

Si hoy ustedes en la Argentina quieren sacar un canal de cable tienen que pedirle permiso a un grupo económico. El *Canal 7* perdió su ubicación en la grilla del cable en manos de una señal de *Adad* —en mi casa yo ví que el *Canal 7*, el canal público, está en el número 15 y no se ve bien—. Si ustedes, como ciudadanos, quieren tener acceso a una cantidad determinada de señales, tienen dos posibilidades fundamentalmente: *Multicanal* y *Cablevisión*. Si no les gusta *Multicanal* se van a *Cablevisión*. Yo tuve un problema con esta señal: llamé y pedí hablar como diputado nacional —un derecho que ustedes no tendrían, «saque el carné»— para resolver un tema increíble —muy largo de contar— y entonces, cuando pedí hablar con el gerente comercial, me atendió el gerente

de *Multicanal* y de *Cablevisión*, que es el mismo, la misma empresa. Si ustedes tienen dificultades con Fibertel se pueden pasar a Flash, van a encontrar el mismo gerente comercial. Estamos hablando de temas muy serios. Estamos hablando de que ha habido un grado de concentración del poder mediático en manos de un grupo o varios grupos económicos. Tenemos el grupo *Vilas-Manzano*, con cabecera en la ciudad de Mendoza, con muchos medios de comunicación en la República. Tenemos el grupo *Clarín*, que maneja canales, diarios, radios y revistas. Tenemos grupos menores, como el grupo de Fontevequia, a Blatter, un hombre que se deshizo en elogios durante la dictadura militar, un hombre que hoy es una especie de fiscal en la República, crítico feroz de este gobierno, capaz de ocuparse de la salud psíquica de la senadora Cristina Fernández, de sacar tapas con los hijos del Presidente... —a los pocos días que yo publique ese artículo en la revista *Debate* me sacaron seis páginas a mí, páginas que me enorgullecen, ser enemigo de Fontevequia me enorgullece—. Ésta tensión se da en todo el mundo, pero me interesaba corporizarla en la Argentina.

¿Cómo se resuelve esta tensión? Es difícil de resolver. En primer lugar, no se trata de expulsar, de reprimir o de cerrar. Hay una visión apocalíptica en torno a esto: a mí me parece que la Bastilla del siglo XXI va a ser un canal de televisión. Y creo que ésta metáfora o premonición ya se ha dado en algún punto. Ya se han dado, en algunos lugares, señales de descontento popular que han ido detrás del poder más fuerte, del poder verdadero —en general van a la plaza de Mayo— pero en algún momento va a haber que asumir la responsabilidad que tienen los grupos de empresarios que son dueños de un canal de televisión en relación con su fuerte compromiso con determinados poderes económicos y políticos.

Hay otra imagen: ustedes seguramente ven televisión y ven, por ejemplo, *Caiga quien caiga*, *CQC*. El estilo de *CQC* es un estilo distanciado, un estilo donde se burlan del poder político. Yo con la ex diputada Carrió tengo muchas diferencias, pero una vez vi como se burlaban de ella en Mach Music, y no me gustó. Porque detrás hay un intento de desmerecer la política, de desprestigiar a la política. Cuando uno se pregunta a quién le conviene está devaluación de la política, yo les recomendaría que se fijen en quienes anuncian, en quienes auspician esos programas. A los grandes grupos económicos les conviene la devaluación de la política porque cuando un gobierno tiene respaldo y mandato popular, y está dispuesto a asumirlo —como este gobierno— es capaz de hacer cosas que otros gobiernos no hacen. Una de las cosas es ponerle límite a los grandes imperios económicos. A esto le temen los grandes grupos económicos y los grandes grupos empresarios.

¿Por qué este enojo, por qué todos estamos presenciando cómo el diario *Clarín* se ha transformado en un diario de sorprendente agresividad para con el actual gobierno? El hecho de que un grupo económico maneje los dos grandes distribuidores de canales de cable es un tema que hay que discutir. Si un gobierno tiene suficiente poder posiblemente sea capaz de cambiar algo en relación a este tema. No se trata, vuelvo a decir, de que no existan ni *Clarín*, ni *La Nación*, no. Se trata de que las Madres de Plaza de Mayo puedan tener, como pretenden, una radio o una señal de tv. ¿Por qué no

pueden? ¿Por qué no puede una Universidad argentina tener un espacio televisivo como lo tienen en Chile? ¿Por qué no? No se trata de echar a los que están, se trata de que entren los que no están, se trata de incorporar voces ausentes. Se trata, en definitiva, si hablamos de democracia, de la calidad institucional. La única calidad institucional posible para la democracia es que no haya nadie que tenga tanto poder como para voltear a un presidente. Y hoy hay medios de comunicación que tienen poder para hacerlo. Uno cree que si hoy quisiera un dueño de un grupo económico, un dueño de un medio de comunicación, voltear al gobierno de Kirchner, no podría. Tampoco podían en 1928, cuando Irigoyen gana con el 62% de los votos, pero tuvieron paciencia.

Por último, voy a contar una anécdota para entender esto y vuelvo a Irigoyen para darle —no puedo con mi genio de guionista— circularidad al relato:

En el año 1928 Irigoyen ganó las elecciones. Le precedió Alvear, un radical que se llevó muy bien con la oligarquía —porque era miembro de la oligarquía—. Irigoyen, que era el líder popular del radicalismo —era un fenómeno de adhesión el que tenía Irigoyen, sólo comparable al que luego tendría Perón— gana la elección por afano, como decimos acá, y entonces asume, y cuando asume jura en el Congreso y va en auto descapotado hacia la Casa de Gobierno. Pasa por el edificio de *Crítica*, que estaba en la calle Avenida de Mayo —en aquella época no había radio y cuando había un lío iban todos a *Crítica* a ver qué pasaba—. Y estaba Botana, el dueño del diario que había ayudado, como les conté antes, a que Irigoyen ganara. Estaba Botana con toda su corte: Natalio Botana esperando el paso de Irigoyen. Botana espera que pase Irigoyen y lo salude, que le rinda pleitesía. Pleitesía del presidente de los argentinos al dueño del medio de comunicación.

Irigoyen pasó y no se acordó. Como Kirchner, que no tiene la inteligencia, dicen, de dar una conferencia de prensa. Irigoyen no es que no diera una conferencia de prensa —que no las daba— sino que no saludó a Botana, y un periodista cuenta que Botana exclamó: «Viejo de mierda, me las va a pagar». Y Botana cobró: ayudó a voltear al gobierno de Irigoyen. Tiene un epílogo la anécdota: el diario *Crítica* fue cerrado, un año después, por el nuevo presidente.

La moraleja es obvia: si los medios de comunicación hablan de democracia, que respeten la democracia —nadie los quiere echar a ellos—. Que sean coherentes, que tengan un nivel de responsabilidad, que se discutan políticamente. Aquí, si hay algún periodista en contra de lo que yo digo, por decir de algún modo, me la juego, porque hoy hay un poder que está por encima del poder político. A mí como diputado, al presidente Kirchner como presidente, al gobierno del presidente Kirchner, al Frente para la Victoria, que es el partido del gobierno, y a cualquier diputado de cualquier partido se nos plebiscita cada dos años, cada cuatro años. Hay grupos económicos ligados a los medios de comunicación a los que no se plebiscita, que están ahí y que disfrutan de ese poder, cuando incluso hay aspectos de ese poder que pertenecen a todos los ciudadanos de este país.

Es fundamental discutir sobre estos temas; demoler la falacia de la libertad de prensa —cada vez que le pisan un callito a un periodista es un atentado a la libertad de prensa—. Yo dije en la Comisión de la Libertad de Expresión que los que verdaderamente hemos luchado por la más genuina libertad de prensa somos los que nos la hemos jugado durante nuestra vida política, incluso a riesgo de nuestras vidas.

Cuando a mí la editorial *Perfil* me sacó un recorte de seis páginas me difamaron, hablaron de mi hija... me sentí violado. Pero me puse a pensar y dije: «bueno, en definitiva yo también he luchado para que un hijo de puta pueda hacer esto». En mi país hay libertad suficiente como para que un hijo de puta se ponga a hablar de la salud psíquica de la senadora Cristina Fernández. Pero bueno, la senadora, yo y muchos compañeros hemos luchado —no como ellos se merecieron— por la libertad de expresión para que incluso puedan hacer eso. Ésa también es una de las tensiones culturales relacionadas con los medios de comunicación. Esto se lo dije a un periodista de la editorial *Perfil*, al que le habían entrado a la casa unos ladrones. El periodista había estado relacionado con el caso Skanska y dice que le robaron un cuaderno. Yo estoy dispuesto a luchar y a arriesgar mi vida para que este periodista siga teniendo la posibilidad de seguir escribiendo notas incluso contra el gobierno. Pero queremos un cacho más de democracia y oportunidad para los que no tienen acceso, para los que somos ensuciados y mancillados por un medio de comunicación, para los que son excluidos... pues yo quisiera también tener la oportunidad —que algunas veces me han dado— de discutir y debatir a fondo lo que hay que discutir y debatir.